



Junio 2002

GREENPEACE

Cosecha récord - Hambre récord

Resumen

Una de las grandes promesas de la industria de la ingeniería genética es hacer todo lo posible para que desaparezca el hambre en el mundo. Sin embargo, el caso de Argentina nos lleva a la conclusión contraria.

El entusiasmo argentino por los cultivos modificados genéticamente (MG) ha sido más enérgico que el de cualquier otro país, a excepción de Estados Unidos. La superficie de soja es hoy el doble de lo que era cuando se introdujeron estos cultivos en 1996; durante este mismo periodo, la inseguridad alimentaria ha crecido notablemente. Casi la mitad de la población -dieciocho millones de un total de treinta y siete- se encuentra por debajo del umbral de pobreza. Más allá de que las exportaciones hayan generado cierto crecimiento, bajo un determinado modelo de globalización, la realidad es que cientos de miles de niños y niñas argentinos están desnutridos, o en situación de riesgo. De hecho, millones de personas se van a dormir sin haberse llevado nada a la boca.

Las cosechas transgénicas no son el único detonante del hambre y la pobreza argentina, existen otros ingredientes de los que se nutre la actual crisis económica. Por ejemplo, la expansión de estos cultivos, no sólo no ha hecho nada para mejorar la situación, sino que además ha provocado una reducción de la capacidad de autonomía del pequeño y mediano productor y de las posibilidades de recuperación del pueblo allá donde el estado no funciona eficientemente.

Las cosechas modificadas genéticamente han llevado a Argentina hacia un tipo de comercio dudoso: un modelo agrícola centrado en la exportación que beneficia a unos pocos en detrimento de la mayoría. Gran parte de la soja argentina se emplea para la fabricación de piensos para el ganado. Los métodos de producción empleados -dependientes en gran medida de sustancias químicas- son destructivos tanto para el medio ambiente como para las comunidades locales.

Éstas no son las únicas promesas vacías en lo que respecta a la IG. Las cosechas transgénicas no son más productivas que las variedades convencionales. El incremento de producción se debe a un aumento del número de tierras, no a mejoras en el rendimiento. Por este motivo, la producción de soja transgénica supone una amenaza más para las selvas argentinas que aún existen.

Se puede afirmar con bastante certeza que los cultivos sin modificaciones genéticas, libres de patentes y carentes de sustancias químicas están demostrando su validez en muchas zonas del mundo; tienen un gran

potencial para garantizar la autonomía económica y la seguridad alimentaria de millones de personas (www.farmingsolutions.org).

Prólogo

Dios es argentino

Argentina es el granero del mundo, el país de la buena carne. Tierra bendecida por la naturaleza con unas condiciones geográficas y climáticas excelentes. Sin lugar a duda, uno de los últimos rincones del planeta en donde uno imaginaría encontrar gente hambrienta. Es además un país libre de enfrentamientos bélicos. Desde finales de 1880 el único conflicto ha sido el de las islas Malvinas-Falkland, en el Atlántico Sur, en 1982; un enfrentamiento contra Gran Bretaña que duró poco más de dos meses.

La Pampa Húmeda, llana y fértil, disfruta de abundantes precipitaciones. La gran variedad de climas que encontramos desde la Patagonia andina hasta los tropicales Nordeste y Noroeste del país, desde áreas secas del Oeste hasta los ríos del litoral, significan que básicamente en Argentina se puede producir de todo. Sus principales cultivos (soja, maíz, girasol, y trigo), están destinados a la exportación. Pero Argentina también produce carne, algodón, azúcar, arroz, tabaco, naranjas, limones, patatas, manzanas, peras, melocotones, aceitunas y, por supuesto, vino.

Los agricultores argentinos están bien preparados y muchos de ellos llevan generaciones cultivando sus tierras. Las zonas agrarias cuentan con buenas infraestructuras dado que un buen sistema de carreteras y ferrocarriles las une a los principales puertos y ciudades.

La agricultura es la actividad que mantiene vivo al país, sus habitantes dependen de ella. En los momentos de crisis son frecuentes comentarios como “sólo necesitamos una buena cosecha para salir de ésta”, o “al menos en Argentina no nos moriremos de hambre”. La agricultura ha permitido el movimiento de capital y la entrada de divisas: más del 60% de las exportaciones depende directamente del campo. La producción, la distribución y el transporte de los productos alimentarios agrarios, junto con los servicios y productos relacionados, suponen que el 34.1% del empleo proviene del sistema productivo local¹.

Más allá de las implicaciones económicas, la agricultura es casi sagrada para los argentinos. En un cartel del centro de la Sociedad Rural Argentina, en pleno corazón de Buenos Aires, dice: “Cultivar el suelo es servir a la patria”. Aún en las condiciones climáticas más extremas, como en las inundaciones de principios de los ochenta y las de 2001, la exportación de cosechas, carne, o pescado nunca se interrumpió. Tampoco se produjo un descenso en la cantidad de alimento por habitante. Es más, la reciente crisis económica, la peor en los últimos cien años según los expertos, no ha repercutido de manera drástica en las últimas cosechas.

Resulta casi imposible creer que Dios no sea argentino. Entonces, si se tiene en cuenta la bendición que supone contar con una agricultura productiva, una población escasa y concentrada geográficamente, abundantes recursos, buen clima, y ausencia de conflictos externos, ¿por qué casi el 50% de la población de este país es tan pobre y por qué han tanta gente hambrienta?

Hay muchas respuestas, algunas de las cuales están profundamente arraigadas en la historia del país. Sin embargo, hace siete años, compañías como Monsanto, junto con agrónomos y políticos locales, aseguraron que adoptar la ingeniería genética impulsaría la economía, haría que los cultivos fuesen más saludables y resolvería el problema del hambre.

Este informe muestra el impacto evidente que produjo la implantación de los cultivos transgénicos, sembrados con más entusiasmo que en cualquier otro país en vías de desarrollo. Su “éxito”, sin embargo, no ha contribuido a solucionar las verdaderas causas del hambre en Argentina. Parece ser que hasta el momento, todo se reduce a una cuestión de dinero.

Emiliano Ezcurra, Greenpeace, Buenos Aires.

Cosecha récord-exportaciones récord

A lo largo de los últimos diez años, cuatro de los mayores cultivos industriales (soja, trigo, girasol y maíz) han ido estableciendo nuevos récords. Como ya se ha dicho, Argentina ha sido muy entusiasta en la adopción de transgénicos, siendo hoy el segundo productor mundial de soja resistente al herbicida *Roundup* (soja *Roundup Ready* o soja *RR*). Desde que este tipo de soja se introdujera en 1996, el tamaño de las cosechas se ha duplicado llegando casi a veintisiete millones de toneladas métricas. La mayor parte de la soja *RR* argentina se exporta y Monsanto estima que en los últimos tres años la cosecha generó tres mil millones de dólares para el país².

Concentración récord

Estas cifras, tan llamativas a primera vista, han impactado fuertemente sobre nuestros recursos e, indirectamente, sobre el hambre en el país. La propiedad de la tierra y la producción agrícola se han concentrado cada vez más; por otro lado, el número de personas empleadas en el sector es cada vez menor.

La soja es el mayor producto agrario de exportación en términos de valor económico y el segundo en términos de volumen. Sin embargo, cuando se trata de cantidad de empleos generados en el país, la posición desciende al décimo primer lugar, para un total de catorce sectores alimentarios en el país³.

Las cosechas récord y la concentración de tierra están altamente vinculadas. De 1992 a 1999, las explotaciones pequeñas y medianas argentinas han ido desapareciendo a pasos agigantados; como consecuencia, se ha observado un descenso vertiginoso de más del 30%. Por ejemplo, en 1992 había 170.000 explotaciones pequeñas y medianas. Sin embargo, a medida que la preocupación de las grandes compañías del *agri-business* con intereses agrícolas ha ido creciendo, el tamaño medio de una granja ha aumentado fuertemente. En 1999 quedaban 116.000. La superficie media de una explotación ha pasado de 243 a 357 ha⁴. Además, el control de la exportación de soja es ejercido por solamente cinco compañías.⁵

Récord de pobreza y hambre

A pesar de estas cosechas récord prácticamente la mitad de los argentinos vive en la pobreza. En mayo de 2002, dieciocho millones de personas, casi el 50% de la población, no pueden satisfacer sus necesidades básicas. En un país cuya economía está en crisis y cuyo gobierno no se preocupa por su gente, la consecuencia es que los niños tienen problemas de desarrollo, están desnutridos, y tienen riesgo de daño cerebral. Debido al

hambre que padecen, no se pueden concentrar ni en el colegio ni en sus juegos. Muchos adultos también pasan hambre habitualmente, con todo el sufrimiento que eso implica. Hay lugares en los que la gente muere de hambre.

El director del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Argentina (INDEC)⁶, Juan Carlos Bello, explica los motivos: “el aumento tan espectacular del número de personas situadas en el umbral de la pobreza se debe a un incremento del 35.3% en el precio de la cesta básica de los alimentos desde diciembre de 2001⁷”. El alimento supone casi la mitad del ingreso total de las familias que están por debajo de dicho umbral. El precio del pan aumentó un 30% en los primeros cinco meses de 2002 (un 10% en tan solo una semana del mes de mayo). El precio del aceite para cocinar se ha duplicado.

Los precios del sector alimentario han aumentado más que los del resto de sectores relacionados con el consumo doméstico. A su vez, el gobierno y la industria siguen promoviendo una agricultura centrada en la exportación. La seguridad alimentaria de los argentinos no ha sido una prioridad para las autoridades a la hora de fijar metas y políticas para la producción de alimentos de la nación.

Falsas promesas

A pesar de las declaraciones de la industria biotecnológica, los cultivos modificados genéticamente no son la solución al hambre en el mundo

Según Carlos Saúl Menem, ex-presidente de Argentina⁸, “Con los transgénicos la ciencia hace un aporte decisivo para ganar la lucha contra el hambre”.

Uno de los especialistas en biotecnología agrícola del Servicio Internacional para la Adquisición de Aplicaciones de Agro-biotecnologías (ISAAA)⁹, el Dr. Clive James, declara: “Desde el momento en que se mira a los ojos de una persona muriéndose de hambre, la opinión sobre transgénicos cambia. 24000 personas al día mueren por desnutrición, así que es moralmente inaceptable que el Norte, Europa, decida no usar esta tecnología”.

William Kosinsky, educador en biotecnología en Monsanto¹⁰, menciona: “La biotecnología mejorará por igual la calidad de las cosechas y su rendimiento... Protege el medio ambiente a la par que ofrece una agricultura sostenible de la que obtener más alimentos y de mejor calidad”.

Desde 1996, año en que la soja *RR* se aprobó en Argentina, la defensa principal del lobby de los transgénicos consiste en mantener que las cosechas modificadas genéticamente fomentan la seguridad alimentaria. Pretensiones como ésta son el tema principal de revistas y periódicos argentinos. Por otro lado, este tipo de cultivos no ha mejorado la alimentación desde su introducción; muy al contrario, hay evidencias de que el nivel de nutrición de muchos argentinos ha descendido considerablemente¹¹.

¿Soja transgénica para los pobres?

Los promotores de la ingeniería genética han conseguido apoyo público y privado para un programa de distribución a gran escala de alimentos transgénicos entre la población más necesitada. Han formado equipos para enseñar a las amas de casa cómo utilizar la soja como ingrediente principal en la cocina. Un planteamiento así hace caso omiso de las recomendaciones de expertos en medicina y nutricionistas, quienes recomiendan una dieta diversa, no basada en un único cultivo. Aunque en términos prácticos esto significa un alivio temporal del hambre, se sigue presentando a la caridad como *la* solución, el remedio milagroso.

Mientras tanto el gobierno argentino sigue negando al ciudadano el derecho a saber qué come, bloqueando cualquier tipo de iniciativa que pretenda etiquetar los alimentos transgénicos. Las personas desesperadas por conseguir alimentos no están autorizadas a saber oficialmente qué comen ni de dónde provienen dichos alimentos. Sin embargo, puede que sí sean conscientes de los miles de hectáreas dedicadas a una producción en manos de gigantes del negocio de la agricultura. Desempleados y dependientes de la caridad ajena, con la dignidad por los suelos, se les niega el acceso y la formación necesaria para poder trabajar la tierra y elegir de manera consciente sus cultivos.

Existen alternativas, los programas de formación locales como el Pro-Huerta del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, ayudan a que aproximadamente tres millones de personas al año mejoren la productividad de las explotaciones familiares con variedad de cultivos, reforzando su independencia y su seguridad alimentaria. La única forma de conseguir una dieta segura y diversa para millones de personas es que este tipo de proyectos se centre en alimentos básicos. Esto renovarían la dignidad de los trabajadores. Estas soluciones son rentables, dignificantes y han sido comprobadas técnicamente.

Hace más de veinte años, Amartya Sen, Premio Nóbel de Economía, demostró que la desnutrición y el hambre, por lo general, ocurren en situaciones en las que no existe escasez de alimentos. Explicó que, incluso cuando hay abundancia de alimentos, el “derecho” de una familia a conseguir alimento por medios legales se reduce debido a una pérdida patrimonial (cosechas, ganado, propiedades, trabajo, etc). Si no existe algún tipo de garantía social, las familias se enfrentan a problemas de hambre y de carencias.

“Dejemos de pretender que los alimentos escasean. El hambre existe pero no hay escasez. Los alimentos transgénicos son para los países ricos. El dinero de la ingeniería genética está en los países desarrollados”.

Sergey Vasnetov, analista de la Industria Química para Lehman Brothers¹².

La crisis económica argentina se ha dado en un momento en el que mucha gente ha sido desplazada del campo y de la vida rural. Se ha producido un éxodo hacia ciudades cuyas oportunidades económicas son limitadas. El “derecho” de millones de personas a prestaciones sociales está desapareciendo tanto en el campo como en la ciudad ya que el estado no abastece a los menos favorecidos económicamente sino que en su lugar continúa apoyando una industria agrícola orientada a la exportación.

Los OMG no mejoran los rendimientos, no protegen la biodiversidad ni frenan la deforestación

“O plantamos cultivos modificados genéticamente, o talamos el Amazonas; no queda lugar para expandir al frontera agrícola”.

Prof. Lino Baranao de la Universidad de Buenos Aires¹³.

Los representantes de la industria y sus aliados aseguran que los transgénicos protegerán al medio ambiente mediante un aumento del rendimiento de las tierras ya cultivadas. De esta manera, afirman, se reduce la necesidad de destruir bosques u otros hábitats tan preciados para la agricultura. Esto no es verdad. La experiencia argentina demuestra lo contrario.

A pesar de ser los países en los que se cultiva la mayor parte de la soja *RR*, EEUU y Argentina no han visto sus rendimientos mejorados¹⁴. El aumento espectacular de la producción de soja en Argentina de 1991 a 2001 (de diez a veintisiete millones de toneladas), proviene de ampliar las zonas de cultivo, no de mejorar el rendimiento.

El incremento de la extensión del cultivo de soja tiene básicamente dos orígenes, la sustitución de otros cultivos por esta oleaginosa y la deforestación. En el primer caso, se han eliminado fincas de pequeño y mediano tamaño que, en su día, abastecían al consumo local y nacional. Greenpeace ha llevado a cabo estudios pormenorizados que muestran como la soja *MG* ha contribuido a acelerar el proceso de deforestación del máspreciado y diverso ecosistema argentino, la selva de Yungas (ver cuadro a continuación).

Soja transgénica y deforestación

La provincia de Salta, al Norte del país, con una de la economías más pobres, es sin embargo una de las más ricas en cuanto a su biodiversidad. Se encuentra aquí la selva de Yungas, probablemente el área con mayor diversidad de toda Argentina. Se divide en cuatro zonas según su altitud, que va de 300m a 4000m.

La primera, la Selva Pedemontana (como indica su propio nombre, al pie de la montaña) es la más amenazada. Contiene 30% de la biodiversidad total de este preciado ecosistema. Menos del 20% de las Yungas se encuentra en condiciones de conservación o para desarrollo de actividades sostenibles. Se encuentra en situación de alto riesgo y tradicionalmente ha sufrido mucha conversión de tierras para actividades agarias: plantaciones de caña de azúcar y naranjos. Recientemente monocultivos como el tabaco o las judías han contribuido a destruir progresivamente esta selva. La soja resistente al *Roundup* amenaza ahora con sentenciar a muerte este maravilloso ecosistema.

Para Alejandro Brown, doctor y fundador del Laboratorio de Investigaciones Ecológicas de Yungas, de la Universidad de Tucumán, “A este ritmo, de aquí a 5 años, podremos olvidarnos de la Selva Pedemontana”. Las plantaciones de soja RR intensifican la deforestación. Su informe analiza cómo en Orán y Tartagal, en la provincia de Salta¹⁵, unas mil hectáreas al año de selva Pedemontana se transforman en cultivos de soja transgénica.

Conclusión

Los cultivos transgénicos han dado lugar a exportaciones récord pero el coste ambiental y social es a la vez inaceptable e insostenible. Se han destruído modos de vida, se ha incrementado el hambre y el medio ambiente está siendo fuertemente agredido.

Por lo tanto Greenpeace reclama medidas concretas:

- prohibir la liberación de organismos modificados genéticamente (OMG).
- garantizar la soberanía y la seguridad alimentaria durante los próximos diez años, dando prioridad a prácticas agrícolas sostenibles que respeten la sabiduría popular y el medio ambiente.
- hacer un llamamiento para firmar y ratificar el Tratado Internacional sobre Recursos Fitogenéticos para la Alimentación y la Agricultura, y el Protocolo de Cartagena sobre Bioseguridad.
- reconocer y llevar a la práctica el derecho soberano de los países a prohibir importaciones de OMG, y a proteger de la contaminación genética a su propios recursos, especialmente en los centros de diversidad.
- paralizar las patentes sobre organismos vivos y prohibir las “tecnologías genéticas de restricción de uso” (muy en particular las denominadas terminator). Mantener y potenciar el control público sobre la biodiversidad agrícola
- eliminar las ayudas estatales que, además de distorsionar los mercados, son concedidas a prácticas agrícolas destructivas y perjudiciales para el medio ambiente.

Referencias

- ¹ Teubal M., Rodríguez J., *La agricultura y los alimentos de la globalización*, Buenos Aires, Abril 2002.
- ² Entrevista de Dow Jones a Carlos Popik, presidente de Monsanto Argentina, “Imperio Monsanto”, 3 Mayo 2001.
- ³ Teubal, M. , Rodríguez J., 2002.
- ⁴ Mora y Araujo Consultores, Encuesta, Buenos Aires, Agosto 2000. Benítez, M. *Dissapearing Argentina* ("La desaparición de Argentina"), Conictet (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), Buenos Aires, Agosto 2000.
- ⁵ Las cinco compañías más grandes (Cargill, Dreyfuss, AGD, Vicentin, Bunge Ceval), incrementaron su participación ACCIONES en el mercado: de 38.7% en 1990, a 57.9% en 1998, Cámara de la Industria Aceitera de la República Argentina (CIARA).
- ⁶ Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de Argentina (INDEC), Buenos Aires, 10 Mayo 2002.
- ⁷ Bermúdez, I., Es pobre la mitad de los argentinos, Clarín, Buenos Aires, 10 Mayo 2002.
- ⁸ *Ámbito Financiero*, Sec. *Ámbito Agropecuario*, p4-5, Buenos Aires, 11 Agosto 2000.
- ⁹ Baer, N., El desafío es aliviar el hambre, La Nación, Buenos Aires, 26 Junio 2000.
- ¹⁰ O'Donnell, M., La Guerra de la Soja, La Nación, Economía y Negocios, Buenos Aires, 23 Julio 2000, p2.
- ¹¹ Bermúdez, I., Es pobre la mitad de los argentinos, Clarín, Buenos Aires, 10 Mayo 2002.
- ¹² Vidal, J., *Global GM market starts to wilt* ("El mercado mundial de transgénicos empieza a caer"), *The Guardian*, Londres, 28 Agosto 2001.
- ¹³ Radio Nacional, entrevista del programa de Franco Salomone, 28 Julio 2000.
- ¹⁴ Pengue, W., Cultivos Transgénicos ¿Hacia dónde vamos? UNESCO, Buenos Aires 2001 y Elmore R. W., Roeth, F.W., Nelson, L.A., Shaphiro C.A., Klein, R.N., Knezevic, S.Z., y Martin, A. (2001), Glyphosate-Resistant Soybean Cultivar Yields Compared with Sister Lines, *Agronomy Journal*, vol 93, Marzo- Abril 2001, p408-412.
- ¹⁵ Fundación Pro-Yungas, Las Selvas Pedemontanas de las Yungas: En el Umbral de la Extinción, Documento elaborado por: D. A. Brown y L.R. Malicia, del Laboratorio de Investigaciones Ecológicas de Yungas-Universidad de Tucumán, Agosto del 2001.



**COSECHA RÉCORD
HAMBRE RÉCORD**

Junio 2002

GREENPEACE
Campaña de Ingeniería Genética

**San Bernardo, 107 – 1º
28015 Madrid
España**

**Tel: +34 91 444 14 00
Fax: +34 91 447 15 98
www.greenpeace.es/genetica/genetica-0.htm**

Fotos:
arriba y portada superior: Cosecha de soja transgénica, Argentina, Gustavo Gilabert

portada inferior: Pobreza en la Argentina rural, Gustavo Tarchini.